



C.O.C.C.

CONFERENCIA DE OBISPOS CATÓLICOS DE CUBA

Calle 20 N°160 e/13 y 15. Vedado. C.P.10400. La Habana. Cuba

Apartado Postal 635

PLAN PASTORAL DE LA IGLESIA CATÓLICA EN CUBA 2023 – 2030

“CONVIÉRTANSE Y CREAN EN EL EVANGELIO”

(cf. Marcos 1,15)

Introducción

1. Los obispos católicos de Cuba presentamos al santo pueblo de Dios en nuestra Patria este Plan Pastoral, con el deseo de que pueda inspirar la vida de nuestra Iglesia durante los años 2023-2030. Lo hacemos desde un profundo agradecimiento al Señor que, siempre presente en medio de nosotros, alienta nuestras vidas con la fuerza de su Espíritu, nos sorprende continuamente con la santidad de tantos de sus hijos, nos interpela y desinstala saludablemente para encontrarlo en la vida de los hermanos, invitándonos a mirar nuestra realidad con ojos de fe. Cristo nos asegura que la vivencia del Evangelio es fuente de esperanza y de gozo, y nos hace mejores como personas y como pueblo.

2. Nuestra gratitud a los sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y fieles laicos de las comunidades cristianas, por el testimonio de oración y de caridad, por hacer presente en esta tierra el Reino de Dios con su permanencia y fidelidad, por las innumerables iniciativas pastorales que ofrecen a tantos. En sus manos colocamos este Plan Pastoral, que es fruto de lo que ustedes han orado y compartido a lo largo de estos años y enriquecido durante el proceso sinodal en sus fases comunitarias y diocesanas; también de la reflexión y discernimiento de los coordinadores diocesanos de pastoral, las diversas comisiones de pastoral de nuestra Iglesia y agentes pastorales que, en encuentros de las tres Provincias eclesíásticas, han manifestado con transparencia y amor eclesial los sueños que ustedes tienen para el presente y el futuro del pueblo de Dios en Cuba.

3. Gracias, igualmente, a la Virgen de la Caridad, la que logra siempre que “caminemos juntos”, porque es delante de la Madre donde se favorece el reconocimiento de que todos somos hijos y por tanto, hermanos. Que Ella cuide con su perenne intercesión la puesta en marcha, el dinamismo y el compromiso pastoral a que éste Plan nos invita.

4. No pretendemos hacer un análisis sociológico o teológico exhaustivo de la realidad cubana, aunque reconocemos el valor de ambos estudios. Tampoco deseamos generar un documento más, ni llenar simplemente un vacío por la caducidad en el tiempo del pasado Plan Pastoral 2014-2020 “Por el camino de Emaús”. Buscamos inspirar acciones evangelizadoras, generar sueños y dinamismos que nos permitan tener un horizonte común y caminar hacia él, acompañándonos mutuamente. Corresponderá a cada diócesis, parroquia, comunidad cristiana, comisiones de pastoral, etc., apropiarse de este Plan y traducirlo en su propia realidad.

5. Nuestro Plan Pastoral, matizado por el camino sinodal al que nos invita el Papa Francisco, tendrá un momento fuerte del Espíritu durante el próximo Jubileo del año 2025 que, con el lema: “Peregrinos de la Esperanza”, nos hará tomar renovada conciencia de pueblo en camino hacia la Casa del Padre Celestial. Esa certeza de que hay un Hogar para todos nosotros, donde nos cobijará en su Amor la Santa Trinidad, es justamente lo que sostiene nuestros desvelos y esfuerzos, para que llegue a cada cubano la Buena Noticia de la Salvación.

I. Mirada creyente de la realidad

6. Esta propuesta llega contemporáneamente con la vivencia de uno de los momentos más difíciles de la historia patria. Estamos probablemente en la crisis más grave de los últimos decenios. Las carencias de alimentos y medicinas han alcanzado niveles nunca antes vistos entre nosotros. Hay una inflación y un malestar crecientes con una carga significativa de agobio, desesperanza y desidia. Nuestras comunidades y agentes pastorales participan del cansancio que genera el subsistir diario en Cuba. No se reconoce suficientemente la riqueza que supone para la nación la pluralidad de pensamientos, opiniones e ideas, cada vez más presentes entre nosotros.

7. Para un sector importante del pueblo, sobre todo jóvenes y personas capacitadas, la salida que vislumbran es la emigración. El dolor por la falta de espacios y propuestas concretas que aseguren un presente y futuro de bienestar y esperanza, nos hace vivir desmotivados para emprender proyectos comunes y desconfiados sobre la viabilidad de los mismos. Experimentamos un aumento de la inseguridad ciudadana. Es más profundo el deterioro de los valores morales, la no percepción del bien y de la verdad, y la adhesión a los mismos. Quizás una cierta apertura en el emprendimiento privado, con el consiguiente cambio de mentalidad sobre el valor de estas iniciativas, sea el elemento más significativo de una transformación que se gesta, tan anhelada en otros ámbitos por muchos cubanos.

8. Constatamos la fragilidad de la Iglesia en la carencia de agentes pastorales y medios de evangelización. Nuestras catequesis son pobres, tenemos pocos jóvenes comprometidos y escasas vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Hay también una fragilidad en la vida familiar y en la vivencia del amor fiel y fecundo de los esposos. En una situación así es más necesario que nunca un Plan Pastoral, para que la Iglesia pueda, como con una especie de brújula, navegar por los mares de la historia presente de Cuba, cumpliendo la misión que Jesús nos confía y dando testimonio de comunión.

9. Jesús nos ha dicho: “En el mundo tendrán aflicción, pero tengan valor. Yo he vencido al mundo” (Jn 16,33) La presencia de Cristo y la fuerza de su Espíritu introducen un elemento nuevo en la historia que, teniendo en cuenta todo lo humano, lo transforma, lo renueva y lo potencia hasta límites insospechados. Por eso, en esta dura realidad, los obispos descubrimos entrega, solidaridad y generosidad por parte de muchos cubanos, creyentes o no. Nos alegra ver la sed de Dios en muchos hermanos y el compromiso apostólico de tantos agentes de pastoral, la creatividad desarrollada por las catequesis y los centros de formación, la opción que han hecho por Cuba misioneros de otros países, las iniciativas pastorales de servicio y caridad como comedores para ancianos, red de distribución de medicinas, acompañamiento a los presos y sus familiares, entre otros. Nos regocija también el sacrificado apoyo de hermanos, cubanos o no, que viviendo en otras tierras, miran con amor a este pueblo y comparten sus bienes. ¡Cuántas familias subsisten y cuántas experiencias eclesiales pueden realizarse gracias a estas ayudas fraternas, gratuitas y generosas!

II. Inspiración bíblica: la parábola del Buen Samaritano (Lucas 10, 25-37)

10. La parábola del Buen Samaritano ilumina el camino pastoral de la Iglesia en Cuba en los tiempos actuales, sobre todo, por la invitación a la **conversión** que ella nos hace. En efecto, más allá de una llamada al ejercicio de la caridad, la parábola implica un cambio radical en la concepción que se tenía de Dios, del culto, de la religión, de la Ley, de la relación con el prójimo.

11. Llama poderosamente la atención que aquellos que, se encontraron con el herido al borde del camino y siguieron de largo, eran hombres implicados en el culto: un sacerdote y un levita, una especie de sacristán, diríamos en lenguaje popular. No son personas malvadas o egoístas necesariamente. Han crecido creyendo que un impuro no puede acceder al ámbito de lo sagrado. Y tocar sangre o heridas, contaminaba y quitaba la pureza necesaria para entrar al templo y agradar a Dios.

12. Los samaritanos eran considerados herejes para los judíos, pues en Samaria llevaban siglos mezclados con los paganos, se habían hecho construir otro templo distinto del de Jerusalén, y no seguían la interpretación de las Escrituras que los judíos consideraban ortodoxas.

13. Jesús quiere provocarnos fuertemente con esta parábola. Este “hereje” es el que se detiene, pone a un lado su programación para aquel día, se deja impactar por la realidad y sus sorpresas, escucha el clamor de este hombre golpeado y tirado, y le ofrece, además de servicios concretos, su tiempo, su dinero, su compasión, su amor. No se ofusca ni gasta energías en buscar a los culpables, ni tampoco se enfrasca en teorías abstractas sobre el modo de establecer la justicia o vengar al herido. No espera que otros respondan por él ni hace reclamos o quejas. Su respuesta está llena de humildad, de concreción, de discreto ejercicio de la caridad. Nos muestra así el Señor que el verdadero culto que agrada a un Dios Amor tiene que ver, sobre todo, con el amor. He aquí sintéticamente expresada la **conversión personal**.

14. Al mismo tiempo, hay señales de una **conversión comunitaria**. El samaritano lo lleva al posadero, le pide que cuide de él, le deja dinero y le asegura que le pagará a la vuelta si ha hecho otros gastos. Él no quiso ni pudo realizar solo la obra de caridad. Así nos muestra Jesús que sanar heridas, acoger y acompañar, restaurar y curar suponen un “caminar juntos”, donde todos nos comprometamos en un proyecto común, donde todos aportemos desde la riqueza de nuestros talentos, dones y carismas.

15. La comunidad cristiana prolonga en la historia la acción de Cristo, verdadero buen Samaritano que, “se acerca a todo hombre que sufre en su cuerpo o en su espíritu, y cura sus heridas con el aceite del consuelo y el vino de la esperanza” (Prefacio Eucarístico Común VIII). Ella es el lugar donde encuentran descanso y salvación los que vienen cansados y heridos del camino. No asumimos este encargo desde una posición de superioridad, porque no estamos ajenos a la situación del pueblo ni tenemos las respuestas a todos sus problemas. Somos pocos y pobres, pero confiando en el Espíritu de Jesús soñamos con caminar juntos, participando en el anuncio de la Palabra y en la misión que nos hace acercarnos sin miedo, timidez ni desdén a los hombres y mujeres que Dios ha puesto a nuestro lado. La fragilidad de la Iglesia en Cuba es también una oportunidad para colaborar humildemente con otros y buscar juntos soluciones, teniendo en cuenta a los hermanos cristianos de otras denominaciones.

16. El diálogo que inicia Jesús, y quiere implicar a sus interlocutores de entonces y de siempre, lo sentimos dirigido a nuestra Iglesia en Cuba, de modo especial, en este momento en que nos disponemos a asumir un nuevo Plan Pastoral.

- “¿Quién te parece que fue prójimo de aquel hombre tirado al borde del camino?.
- El que practicó la misericordia con él.
- Ve y haz tú lo mismo”. (Lucas 10, 36-37)

17. Queremos acercarnos a este pueblo nuestro como hermanos, pues compartimos la misma vulnerabilidad, y al mismo tiempo, deseamos continuar ofreciendo el tesoro que hemos recibido y llevamos “en vasijas de barro” (2 Cor 4,7): la Buena Noticia de que Dios nunca nos abandona y se acerca siempre para sanar, consolar, aliviar y salvar. Queremos testimoniar con palabras y obras nuestra fraternidad con todos los que hemos nacido en esta tierra y soñamos edificar una patria de hermanos.

18. Asumimos la Cruz de Cristo y la fragilidad de su Encarnación como camino hacia la Pascua. En este sendero optamos por amar y dar la vida, como lo ha hecho Jesús. Por eso, no podemos dar rodeos o seguir de largo ante tantas heridas y abandonos que nos rodean. Es necesario hoy una **conversión personal y comunitaria** que implique acercarnos y comprometernos con la humanidad vulnerable en Cuba.

19. Las palabras del Papa Francisco en la encíclica “Fratelli Tutti”, en los números 55 al 86 nos ayudan a comprender mejor esta parábola. Invitamos a releer y orar estas meditaciones del Papa en cada comunidad cristiana, cuando se encuentren para estudiar este plan pastoral y elaborar el plan parroquial o comunitario. (Anexo 2)

III. OBJETIVO GENERAL:

**VIVIR UNA CONVERSIÓN PERMANENTE A JESUCRISTO,
A NIVEL PERSONAL Y COMUNITARIO,
PARA ACERCARNOS AL QUE SUFRE, SANAR HERIDAS
Y COMPARTIR CON TODOS LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO.**

IV. ¿ Qué entendemos por Conversión?

20. Conversión es una palabra central en el Evangelio y, por tanto, en la experiencia del hombre que se encuentra con Jesucristo. El Señor presenta un nuevo rostro de Dios y de la humanidad. Recibir este mensaje, que es acoger a Jesús en el corazón, supone un cambio radical de la mentalidad, establecer nuevos valores, actitudes y comportamientos. No es sólo pasar del pecado a una vida santa; es también necesario transformar nuestra mirada para ver la realidad con los ojos de Dios. En este camino el corazón se va liberando de ataduras como el desánimo, la inconstancia, el mal ambiente, la queja estéril, la desesperanza y los prejuicios, para vivir en la libertad gloriosa de los hijos de Dios.

21. Todos estamos necesitados de conversión y debemos vivir este proceso conscientemente. Es una Gracia que hay que pedir con insistencia en la oración. Nos convertimos verdaderamente en la medida en que nos abrimos a la belleza, la bondad y la ternura de Dios, que se nos ha manifestado en Jesucristo.

22. La invitación a la conversión que nos hace el Señor tiene diferentes dimensiones. Esta es en primer lugar una **conversión personal**, porque conocemos por experiencia que sin un cambio en el corazón humano, todas las demás transformaciones tienen un fundamento débil. Es además, una **conversión pastoral**, que tome en cuenta la realidad de nuestras comunidades y del mundo, para asumir nuevos estilos y lenguajes que comuniquen el Evangelio. Esto nos impulsa a revisar las estructuras, los horarios, la utilización de los recursos, para que el trabajo evangelizador sea más vivo y eficaz. Por último, pero no menos importante, es también una **conversión comunitaria** que nos permita agradecer y disfrutar la riqueza del hermano, la vivencia de la Iglesia como familia y casa abierta para todos, donde cada uno se implica en el testimonio y la misión compartida.

23. La conversión personal, pastoral y comunitaria son el presupuesto necesario e irrenunciable de la misión y, como tal, la primera prioridad pastoral. Estas dimensiones son ejes transversales de todo el proceso de transformación eclesial y se concretan en tres llamadas fundamentales: la conversión a la fraternidad-comunión, a la participación y a la misión.

24. Ofrecemos a continuación una inspiración teológica a estas tres llamadas, seguidas de líneas de acción que orienten el quehacer pastoral de nuestra Iglesia.

V . TRES LLAMADAS FUNDAMENTALES A NUESTRA IGLESIA EN CUBA

Conversión a la fraternidad - comunión

25. Comunión es una palabra clave para expresar qué es la Iglesia y cuál es su misión en el mundo. La Iglesia es como un sacramento, “o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todos los seres humanos”¹. Como expresó San Juan Pablo II al finalizar el Jubileo del año 2000, ella debe ser “casa y escuela de comunión”². Soñamos vivir nuestra fe en comunidades de puertas abiertas, donde todos son invitados a entrar, como una mesa donde siempre hay un puesto disponible, porque la alegría de la fiesta no será plena mientras falte un miembro de la familia.

1. Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, n. 1

2. Papa Juan Pablo II, *Carta apostólica Novo Millennio Ineunte*, n. 43

26. Para los cristianos el modelo de la comunión perfecta es la Santísima Trinidad, donde no existe uniformidad ni hegemonía de unos sobre otros. El Espíritu Santo, lazo de amor entre el Padre y el Hijo, construye la unidad de la Iglesia sin anular las diferencias. Como narra el relato de Pentecostés, cada uno escuchaba las maravillas de Dios en su propia lengua (Hechos 2,8-11). También hoy el Espíritu enriquece a su Iglesia con “diversos dones jerárquicos y carismáticos”³ que necesitan ser reconocidos, valorados y puestos al servicio de un proyecto más grande, el anuncio del Reino.

27. San Pablo describe la Iglesia como el Cuerpo de Cristo, donde hay muchas partes y ninguna sobra. En ella los miembros más débiles son los que se tratan con mayor cuidado y cariño (cf. 1 Corintios 12). Para vivir este modelo es necesario promover una pastoral de conjunto con espacios de diálogo franco, discernimiento espiritual y acompañamiento de los cansancios y dificultades de nuestros agentes pastorales. Al mismo tiempo, la comunicación eclesial debe promover la escucha y el diálogo entre nosotros y con la sociedad. Este anhelo de comunión nos empuja a revisar las actitudes y estructuras para verificar si reproducimos modelos de autoritarismo o descartamos a ciertos miembros de la comunidad, porque la Iglesia peregrina estará siempre necesitada de purificación⁴.

28. Por el sacramento del Bautismo “existe una auténtica igualdad en cuanto a la dignidad y la acción común de todos los fieles”⁵, antes que cualquier distinción o diversidad de ministerios. Laicos y pastores nos necesitamos recíprocamente y no podríamos desarrollar nuestra vocación los unos sin los otros. La Iglesia es ante todo una comunidad de hermanos y hermanas en el Señor (cf. Mateo 23,8), quien no nos llama siervos, sino amigos (cf. Juan 15,15).

29. Jesús nos ha revelado que Dios es el Padre de todos y que el amor recíproco es el distintivo de los cristianos. Este es el auténtico fundamento de la fraternidad universal. Aún más, con su encarnación, el Hijo de Dios “se ha unido, en cierto modo, con todo hombre”⁶. Por ello cada persona tiene un valor infinito y no existe ningún dilema humano que no encuentre eco en el corazón de la Iglesia. La fraternidad se abre entonces a toda la humanidad, especialmente a cualquier persona que sufre y nos sale al encuentro, porque en ella reconocemos el rostro de nuestro Señor (cf. Mateo 25, 31-45).

Líneas de acción:

- Motivar y organizar una pastoral de la acogida y el acompañamiento, que tome en cuenta las búsquedas y los itinerarios de fe de cada persona.
- Fomentar una espiritualidad de comunión donde todos los miembros del pueblo de Dios reconozcan, valoren y agradezcan la variedad de dones y carismas, para la edificación del Cuerpo de Cristo.
- Redescubrir la fuerza humanizadora del Evangelio y potenciar, desde la comunidad cristiana, experiencias concretas de servicio a los más pobres, colaborando así en la construcción de una sociedad más justa y fraterna.
- Crear espacios seguros y respetuosos, que acompañen la integridad de todas las personas, especialmente de los más vulnerables.

3. Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, n. 4

⁴ Cf. Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, n. 8

5. Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, n. 32

6. Concilio Vaticano II, *Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual Gaudium et spes*, n. 43

Conversión a la participación

30. Todos estamos llamados a participar en la vida y misión de la Iglesia. Aquí se juega la veracidad de nuestros deseos pues “si falta una participación real de todo el Pueblo de Dios, los discursos sobre la comunión corren el riesgo de permanecer como intenciones piadosas”⁷. Una Iglesia donde todos sus miembros pueden sentirse corresponsables es también un lugar atrayente y creíble en un mundo donde se proclama la igualdad de todos los ciudadanos, pero se reservan las decisiones a “manos codiciosas de pequeños grupos de poder”⁸. También en las comunidades necesitamos de espacios para alzar la voz y escuchar otras opiniones, aunque sean diferentes.

31. El Bautismo es el fundamento de la participación en la vida de la Iglesia. “Todos hemos bebido del mismo Espíritu” (1 Corintios 12,13) y nos nutrimos de la gracia que nos ofrece el Señor resucitado. Esta realidad es al mismo tiempo, un don y una tarea. Es un regalo porque lo recibimos sin méritos propios y también es una misión, porque supone profundizar la identidad de discípulos de Jesús, la formación seria y el conocimiento de su Palabra, la vida de oración, la participación activa en los sacramentos, el compromiso comunitario, la caridad fraterna y el anuncio misionero.

32. Este pueblo profético, sacerdotal y real no se divide entre dos grupos, donde unos enseñan, santifican y gobiernan mientras que los otros aprenden, asisten pasivamente a la liturgia y obedecen sin ofrecer una palabra significativa. Al contrario, como enseña el Concilio Vaticano II, los pastores deben reconocer y promover la responsabilidad de los laicos. Para ello es necesario confiarles encargos en el servicio eclesial, animarlos a emprender obras por su propia iniciativa y escuchar sus criterios en el discernimiento de los asuntos materiales y espirituales⁹. Aunque la Iglesia en Cuba ha propiciado espacios de protagonismo laical, constatamos que todavía no se reconocen formalmente ni existe un plan de formación para los ministerios laicales. En muchas comunidades no hay instancias de participación, estas han desaparecido o no funcionan periódicamente con el rol para las que fueron instituidas.

33. Crear espacios de diálogo y discernimiento en todas las instancias, en la Iglesia y con la sociedad, nos enriquecerá y permitirá recuperar el estilo sinodal que nos ha acompañado en varias etapas de nuestra historia, comenzando por la Reflexión Eclesial Cubana (REC), que tuvo su momento de síntesis y relanzamiento en el Encuentro Nacional Eclesial Cubano (ENEC). Animar a la “participación plena, activa y consciente”¹⁰ de todo el Pueblo de Dios nos permitirá nutrirnos de lo mejor de nuestras raíces y mirar al futuro con audacia para anunciar el Evangelio a un pueblo que lo necesita.

Líneas de acción:

- Ofrecer espacios para escuchar al Espíritu, aprender a orar con la Palabra de Dios y, desde esa presencia del Señor en medio de nosotros, compartir la vida, escucharnos, dialogar, sanar las heridas y reconciliarnos.
- Incentivar la formación, la animación bíblica y el compromiso bautismal de todo el Pueblo de Dios para desarrollar la identidad cristiana, al servicio de la Iglesia y de la sociedad.
- Crear o fortalecer instancias de participación de todo el Pueblo de Dios a nivel comunitario, diocesano y nacional, por ejemplo: consejos parroquiales, económicos, presbiterales, de consultores, entre otros.
- Desarrollar un programa de formación e implementación de los ministerios laicales.

7. Papa Francisco, *Discurso en la inauguración del Sínodo en Roma* (9 de octubre del 2021)

8. Papa Francisco, *Discurso en el 50 aniversario del Sínodo de los Obispos* (17 de octubre del 2015)

9. Concilio Vaticano II, *Constitución dogmática sobre la Iglesia Lumen Gentium*, n. 37

10. Concilio Vaticano II, *Constitución sobre la sagrada liturgia Sacrosanctum Concilium*, nn. 11; 14; 19; 21; 27; 30; 41; 50; 79; 113; 114; 121; 124

Conversión a la misión

34. La misión de la Iglesia es prolongar en la historia la misión de Jesús, el anuncio del Reino de Dios. La Iglesia entera es misionera porque “la obra de evangelización es un deber fundamental del pueblo de Dios”¹¹. Por ello, aunque los equipos de misión son valiosos y necesarios en las comunidades, cada bautizado tiene la vocación de propagar el Evangelio en los ambientes donde vive. El primer componente de la misión es la coherencia entre lo que creemos, decimos y hacemos. Este testimonio, por el que muchos cristianos cubanos pagan un alto costo personal y social, nos confiere fecundidad apostólica.

35. Los destinatarios de este anuncio son todos los seres humanos sin distinciones, pero de modo privilegiado los más pequeños y débiles, “los ciegos recobran la vista, los cojos caminan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan y los pobres reciben la Buena Noticia” (Mateo 11, 5).

36. Un desafío misionero de nuestra Iglesia es profundizar en los valores de la piedad y la religiosidad popular, que se manifiestan sobre todo en las peregrinaciones a los santuarios, el bautismo de los niños, las fiestas patronales, los novenarios a los difuntos, las procesiones. Necesitamos una pastoral clara y organizada posibilitar el encuentro con Jesucristo de estas personas, y vincularlas a la vida eclesial. Debemos también acercarnos sin prejuicios al mundo del sincretismo religioso, y así acoger, acompañar y evangelizar esta realidad.

37. Otra dimensión importante de la misión hoy, es el servicio de la reconciliación para superar las barreras que nos dividen entre cubanos. Necesitamos también familias reconciliadas, hogares donde se viva en armonía, ámbitos donde todos podamos escucharnos con respeto, comunidades cristianas que sean instrumentos de paz.

38. “Entre evangelización y promoción humana (desarrollo, liberación) existen efectivamente lazos muy fuertes”, decía el Papa San Pablo VI. El hombre que hay que evangelizar necesita condiciones materiales para vivir con dignidad. La proclamación del Evangelio y la obediencia al mandamiento nuevo del amor incluyen el crecimiento integral del ser humano¹². La misión de la Iglesia no se reduce a un proyecto meramente temporal, también está llamada a iluminar con el Evangelio los problemas más urgentes del pueblo.

Líneas de acción:

- Animar y formar para que el espíritu misionero impregne la vida de toda la comunidad, de manera que la Buena Noticia llegue a los que nunca han oído hablar de Jesucristo.
- Recuperar y potenciar las casas de misión como espacios privilegiados para llevar la alegría del Evangelio a nuestro pueblo, y formar un liderazgo que garantice su permanencia.
- Promover el compromiso evangelizador de los laicos en la familia y en los diversos ambientes donde desarrollan su vida cotidiana.
- Salir al encuentro de los que se han alejado de nuestras comunidades, los marginados y los que viven en las periferias existenciales de la sociedad.
- Incentivar el trabajo pastoral con los creyentes de piedad popular, los que frecuentan los santuarios y los practicantes del sincretismo religioso.
- Promover la colaboración entre las denominaciones cristianas en el anuncio de la Buena Noticia.

11. Concilio Vaticano II, *Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia Ad Gentes*, n. 35

12. Cf. Papa Pablo VI, *Exhortación apostólica Evangelii Nuntiandi*, n. 31

CONCLUSIONES

39. Al concluir este documento queremos volver al espíritu que nos ha animado desde el inicio, que es el de la profunda gratitud a Dios. Confiamos en su fidelidad que nos acompaña siempre, sobre todo en los momentos más difíciles, cuando nuestros esfuerzos parecen insuficientes ante los desafíos que tenemos. Si el empeño por llevar adelante este Plan Pastoral no nace y es sostenido por la confianza en Dios, todo esfuerzo sería inútil. “Si el Señor no construye la casa, en vano se cansan los albañiles. Si el Señor no guarda la ciudad, en vano vigilan los centinelas”. (Sal 126,1)

40. Nuestra fe nos asegura que Jesús vela y cuida a su pueblo. Él mismo es quien inspira nuestras oraciones, nuestros esfuerzos por corresponder a su amor, el dinamismo perenne de la conversión, el encargo siempre incumplido de testimoniarlo en el mundo. En su corazón y en sus manos colocamos este Plan, conscientes de que Él lo coloca igualmente en nuestros corazones y manos. Así juntos, Dios y su pueblo, camina la Iglesia en la historia, y compartimos con nuestros contemporáneos los regalos y las bendiciones del Señor.

41. Los obispos queremos que este Plan Pastoral sea acogido, trabajado y se implemente en y desde el agradecimiento al Señor. Como oramos cada día en la Eucaristía: “es nuestro deber y salvación darte gracias, siempre y en todo lugar”. Deseamos que esta gratitud se transforme en acciones concretas que permitan, a todos los miembros de la Iglesia, redescubrir nuestra vocación bautismal y participar en el dinamismo evangelizador.

42. Deseamos buscar a Dios para reencontrarnos como hermanos, y agradecer el don que cada uno es para toda la comunidad. Como el Buen Samaritano dejemos que la realidad nos interpele para acercarnos y abrazar las heridas del otro, curar, restaurar y consolar, porque esto es lo que el Señor hace con cada uno de nosotros.

43. Mirando a María de la Caridad la Iglesia descubre su identidad de ser casa de puertas abiertas para todos los cubanos. Ella acoge las súplicas de sus hijos e inspira las mejores acciones en favor de su pueblo. Junto al Niño y a la Cruz que lleva en sus manos, ponemos la realización de este proyecto.

44. Por todo lo que el Señor regala a esta Iglesia y a este pueblo, por el camino que ha gestado la preparación de este Plan Pastoral y lo que suscitará en las comunidades cristianas, por lo que Dios sueña y quiere hacer con Cuba: Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre. Por los siglos de los siglos. Amén

Anexo 1:

Propuesta de encuentro para la apropiación e implementación del Plan Pastoral en las comunidades, consejos parroquiales y diocesanos, comisiones nacionales de pastoral, entre otros.

La propuesta que hacemos puede adaptarse, según las circunstancias y posibilidades de los diversos destinatarios. Somos conscientes de la gradualidad en la implementación del Plan y también de la importancia de ir dando pasos para que se asuma desde la hondura del corazón. Este esquema puede desarrollarse en distintos encuentros.

Primera parte: La dinámica sugerida debe comenzar con un espacio de oración personal con el texto del Buen Samaritano, la lectura orante de la realidad y la inspiración bíblica sobre la conversión. Sin la oración personal y el análisis de los temas que debemos discernir (quizás animado por una persona capaz para ello) la conversación espiritual corre el riesgo de convertirse en un mero intercambio de ideas personales. Este momento requiere una verdadera actitud de reverencia ante el paso de Dios por el grupo, escucha atenta, hablar franco y respetuoso. Sin estas disposiciones interiores la experiencia no dará los frutos esperados.

Para realizar la conversación espiritual los participantes forman pequeños grupos de aproximadamente 6-7 personas. Un secretario por cada grupo verifica que nadie se extienda más allá del tiempo establecido; también recoge las reflexiones finales. Este método consta de tres partes:

1. Cada uno comparte el fruto de su propia oración (máximo 5 minutos), en relación con las preguntas de reflexión previamente facilitadas (ver indicaciones al final). No hay debate en esta etapa; los participantes simplemente escuchan profundamente a cada persona y observan cómo el Espíritu Santo actúa en ellos mismos, en la persona que habla y en el grupo en su conjunto. Cada uno puede ir tomando notas breves sobre lo que se va compartiendo. Sigue un tiempo de silencio para observar las inspiraciones internas en cada uno.
2. Cada participante comparte lo que más le impresionó del primer momento y de su tiempo de silencio. También se puede dialogar, preguntar si algún punto no quedó claro, pero manteniendo la misma atención espiritual. A este bloque también le sigue un período de silencio.
3. Los participantes reflexionan sobre qué se suscitó dentro de ellos en la conversación espiritual y qué les afectó más profundamente. ¿Hay alguna idea que brota con fuerza, algún consenso?

Segunda parte: Teniendo presente las Tres llamadas fundamentales a nuestra Iglesia en Cuba, recogidas en el Plan Pastoral: conversión a la fraternidad-comunión, a la participación y a la misión, así como los resultados de la conversación espiritual, se eligen las líneas de acción prioritarias, las acciones concretas y los responsables de llevarlas a cabo. Concluir con la acción de gracias.

Preguntas para el trabajo de la conversación espiritual.

- ¿Qué conversión nos pide hoy el Señor con este texto para nuestra vida personal?
- ¿Qué cambios nos invita a vivir Jesús en nuestros ámbitos comunitarios: parroquia, diócesis, comisiones de pastoral?

Anexo 2:

Fragmentos de la Encíclica “Fratelli Tutti” sobre el Buen Samaritano

“Le regaló cercanía, lo curó con sus propias manos, puso también dinero de su bolsillo y se ocupó de él. Sobre todo, le dio algo que en este mundo ansioso retaceamos tanto: le dio su tiempo. Seguramente él tenía sus planes para aprovechar aquel día según sus necesidades, compromisos o deseos. Pero fue capaz de dejar todo a un lado ante el herido, y sin conocerlo lo consideró digno de dedicarle su tiempo” (FT 63).

“Como todos estamos muy concentrados en nuestras propias necesidades, ver a alguien sufriendo nos molesta, nos perturba, porque no queremos perder nuestro tiempo por culpa de los problemas ajenos. Estos son síntomas de una sociedad enferma, porque busca construirse de espaldas al dolor.” (FT 65).

“Hoy, y cada vez más, hay heridos. La inclusión o la exclusión de la persona que sufre al costado del camino define todos los proyectos económicos, políticos, sociales y religiosos. Enfrentamos cada día la opción de ser buenos samaritanos o indiferentes viajeros que pasan de largo. Y si extendemos la mirada a la totalidad de nuestra historia y a lo ancho y largo del mundo, todos somos o hemos sido como estos personajes: todos tenemos algo de herido, algo de salteador, algo de los que pasan de largo y algo del buen samaritano.” (FT 69).

“(Jesús) No hace que nos detengamos a lamentar el hecho, no dirige nuestra mirada hacia los salteadores. Los conocemos. Hemos visto avanzar en el mundo las densas sombras del abandono, de la violencia utilizada con mezquinos intereses de poder, acumulación y división. La pregunta podría ser: ¿Dejaremos tirado al que está lastimado para correr cada uno a guarecerse de la violencia o a perseguir a los ladrones? ¿Será el herido la justificación de nuestras divisiones irreconciliables, de nuestras indiferencias crueles, de nuestros enfrentamientos internos?” (FT 72).

“Hay muchas maneras de pasar de largo que se complementan: una es ensimismarse, desentenderse de los demás, ser indiferentes.” (FT 73).

“En los que pasan de largo hay un detalle que no podemos ignorar; eran personas religiosas. Es más, se dedicaban a dar culto a Dios: un sacerdote y un levita. Esto es un fuerte llamado de atención, indica que el hecho de creer en Dios y de adorarlo no garantiza vivir como a Dios le agrada. Una persona de fe puede no ser fiel a todo lo que esa misma fe le reclama, y sin embargo puede sentirse cerca de Dios y creerse con más dignidad que los demás.” (FT 74).

“Los “salteadores del camino” suelen tener como aliados secretos a los que “pasan por el camino mirando a otro lado”” (FT 75).

“Cada día se nos ofrece una nueva oportunidad, una etapa nueva. No tenemos que esperar todo de los que nos gobiernan, sería infantil. Gozamos de un espacio de corresponsabilidad capaz de iniciar y generar nuevos procesos y transformaciones. Seamos parte activa en la rehabilitación y el auxilio de las sociedades heridas. Hoy estamos ante la gran oportunidad de manifestar nuestra esencia fraterna, de ser otros buenos samaritanos que carguen sobre sí el dolor de los fracasos, en vez de acentuar odios y resentimientos. Como el viajero ocasional de nuestra historia, sólo falta el deseo gratuito, puro y simple de querer ser pueblo, de ser constantes e incansables en la labor de incluir, de integrar, de levantar al caído; aunque muchas veces nos veamos inmersos y condenados a repetir la lógica de los violentos, de los que sólo se ambicionan a sí mismos, difusores de la confusión y la mentira. Que otros sigan pensando en la política o en la economía para sus juegos de poder. Alimentemos lo bueno y pongámonos al servicio del bien.” (FT 77).

“Busquemos a otros y hagámonos cargo de la realidad que nos corresponde sin miedo al dolor o a la impotencia, porque allí está todo lo bueno que Dios ha sembrado en el corazón del ser humano. Las dificultades que parecen enormes son la oportunidad para crecer, y no la excusa para la tristeza inerte que favorece el sometimiento. Pero no lo hagamos solos, individualmente. El samaritano buscó a un hospedero que pudiera cuidar de aquel hombre, como nosotros estamos invitados a convocar y encontrarnos en un “nosotros” que sea más fuerte que la suma de pequeñas individualidades” (FT 78).

“El samaritano del camino se fue sin esperar reconocimientos ni gratitudes. La entrega al servicio era la gran satisfacción frente a su Dios y a su vida, y por eso, un deber. Todos tenemos responsabilidad sobre el herido que es el pueblo mismo y todos los pueblos de la tierra. Cuidemos la fragilidad de cada hombre, de cada mujer, de cada niño y de cada anciano, con esa actitud solidaria y atenta, la actitud de proximidad del buen samaritano.” (FT 79).